
María Jiménez Ramos

Los atentados de ETA contra la Universidad de Navarra

The ETA attacks against the University of Navarra

Resumen

La organización terrorista ETA cometió sus primeras acciones violentas en Navarra a mediados de la década de los sesenta e inició entonces una escalada violenta en la Comunidad Foral que se saldaría con 42 personas asesinadas, las últimas en 2003, 214 heridas reconocidas oficialmente y centenares de atentados. Entre ellos se cuentan seis atentados consumados y al menos otros dos frustrados contra la Universidad de Navarra que se encuadran dentro de una estrategia de violencia de persecución a nivel institucional que se prolongó varias décadas y que se justificaba porque ETA había señalado a la institución como enemiga. Este artículo profundiza en la mencionada estrategia y detalla de forma exhaustiva los ataques, que se perpetraron entre 1979 y 2008.

Palabras clave: terrorismo; Universidad de Navarra; Navarra; universidad; víctimas.

Abstract

The terrorist organisation ETA committed its first violent acts in Navarre in the mid-1960s and began an escalation of violence in the region that would result in 42 people being killed, the last of them in 2003, 214 officially recognised injuries and hundreds of attacks. These included six completed attacks and at least two other frustrated attacks against the University of Navarre as part of a strategy of violent persecution at the institutional level that lasted for several decades, and which was justified because ETA had singled out the institution as an enemy. This article delves into the aforementioned strategy and exhaustively details the attacks, which were perpetrated between 1979 and 2008.

Keywords: terrorism; University of Navarra; Navarra; university; victims.

María Jiménez Ramos, Doctora en Comunicación por la Universidad de Navarra, donde es docente en la Facultad de Comunicación. Ha sido directora de comunicación del Colectivo de Víctimas del Terrorismo (COVITE) y responsable del Observatorio Internacional de Estudios sobre Terrorismo (OIET). Es coautora de *Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra* (Gobierno de Navarra); *Pardines. Cuando ETA empezó a matar* (Tecnos); *Heridos y olvidados. Los supervivientes del terrorismo en España* (La Esfera de los Libros); y *1980. El terrorismo contra la Transición* (Tecnos). Forma parte del grupo de expertos de la Radicalisation Awareness Network (RAN) de la Comisión Europea.

Recibido

15/09/2021

Aceptado

10/10/2021

Para citar este artículo: Jiménez, M. (2021), Los atentados de ETA contra la Universidad de Navarra, *Revista Internacional de Estudios sobre Terrorismo*, nº4, pp. 19-27.

1. Introducción¹

Los primeros pasos de la organización terrorista ETA (*Euskadi ta Askatasuna*, Euskadi y Libertad) en Navarra hay que buscarlos en un grupo denominado Iratxe, cuyo rastro puede seguirse en algunos documentos custodiados en la Fundación de los Benedictinos de Lazkao. En uno de ellos, fechado en 1965, la organización se presenta como “un grupo de patriotas navarros dispuestos a toda clase de sacrificios para liberar a su pueblo” y afirman que “los navarros son vascos, Navarra es el Estado cabeza del Pueblo Vasco. Su misión es clara: volver a ser cabeza de la raza, centro del pueblo euskaldún en una Navarra libre y vasca, federada a otros estados europeos”². Para esa fecha, Iratxe ya había cometido y reivindicado su primera acción violenta: la explosión de un artefacto en el Monumento a los Caídos en Pamplona, que había sido inaugurado en 1952 por el dictador Francisco Franco y donde estaban enterrados el general Emilio Mola, así como voluntarios navarros que se habían unido al frente en la Guerra Civil. Ocurrió el 22 de diciembre de 1964.

El historiador José María Garmendia ha escrito que Iratxe fue “un movimiento navarrista de liberación”, que funcionó de forma autónoma durante dieciocho meses y cuya principal actividad, además de atentados puntuales, fue la distribución de panfletos en localidades navarras como Pamplona, Estella y Olite (2006: 112). Su integración en ETA se produjo en enero de 1965. Desde entonces, la escalada violenta en la Comunidad Foral continuó con sabotajes, como el que afectó a la vuelta ciclista en 1968, y bombas contra objetivos diversos como la redacción de *El Pensamiento Navarro* o el monumento al Duque de Ahumada. Mientras ETA perpetró el primer asesinato en el País Vasco en 1968, con el guardia civil José Antonio Pardines Arcay como víctima mortal, en Navarra el primer ataque que se cobró la vida de una persona sucedió en 1977, cuando varios terroristas mataron a tiros al comandante de la Policía Armada Joaquín Imaz Azcona.

Dos años después de este crimen, la organización terrorista cometió su primer ataque contra la Universidad de Navarra. Desde ese 1979 hasta 2008, ETA atentaría seis veces contra esta institución, de carácter privado, de inspiración cristiana y que comenzó su actividad en 1952, impulsada por Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Este artículo repasa los ataques y, con ellos, la estrategia de violencia de persecución que los amparó.

2. La persecución contra la Universidad

La Transición española constituyó un marco político y temporal en el que organizaciones terroristas de distinta etiología perpetraron atentados contra varias universidades. Algunos de estos centros se habían convertido en escenarios a los que se habían trasladado conflictos políticos que se manifestaban en las calles, como en el caso de los ataques contra la Universidad Complutense que se explican a continuación. Otros, como en el caso de la Universidad de Navarra, constituían un objetivo por sí mismo debido a las características de su identidad institucional.

Algunos de los ataques se registraron entre 1978 y 1979 desde posiciones ideológicas muy distintas. En 1978, miembros del Frente de la Juventud agredieron a un grupo de estudiantes de la facultad de Económicas

1 Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación “El presente del pasado. Los usos públicos de la historia en la España actual”, del Instituto Cultura y Sociedad de la Universidad de Navarra.

2 *Iratxe*, 1/65, 1965, Fondo de los Benedictinos de Lazkao.

de la Universidad Autónoma de Bellaterra. La Facultad de Derecho de la Universidad Complutense también fue escenario de ataques de militantes de Fuerza Nueva, del Frente de la Juventud y de Falange Española de las JONS: en 1978, una veintena de ellos entraron con bates de béisbol y causaron daños materiales; en 1979, una treintena de simpatizantes, armados, irrumpieron de nuevo en el centro coincidiendo con una polémica creada por la instalación de un mural en memoria de los abogados laboristas de la calle Atocha asesinados en 1977. Como consecuencia, tres personas resultaron heridas de bala (González Sáez, 2012: 367-370). También en 1979, como se explicará en el siguiente apartado, la Universidad de Navarra sufrió su primer atentado.

Los ejemplos mencionados ponen de manifiesto que existe una diferencia entre ser escenario del terrorismo y objetivo intrínseco del mismo. Las acciones de ETA contra la Universidad de Navarra permiten atisbar que la organización terrorista practicó una estrategia de persecución institucional contra el centro, lo que constituye un elemento diferencial. Esta persecución puede tener que ver con el hecho de que, en sucesivos comunicados públicos, ETA apuntó a la identidad religiosa de la institución y la señaló como “enemigo de Euskal Herria” (*Gara*, 5-11-2008)

La estrategia de persecución institucional no solo se materializó en la perpetración de atentados, sino también en la situación de riesgo que vivía la persona que ocupaba el cargo de rector en la institución. De hecho, según información policial, al rector de la Universidad se le asignó protección en 2001, un año en el que se extendió la protección en Navarra a decenas de cargos públicos y a otras autoridades debido a la amenaza de ETA. Dicha protección se mantuvo hasta el final de la violencia a todas las personas que ocuparon el máximo puesto de responsabilidad en la Universidad. El catedrático y rector entre 1991 y 1996, Alejandro Llano, se lamentaría en una entrevista de que la actitud de otras universidades ante los atentados terroristas fue “insolidaria” y que se limitó al envío de “varios telegramas” (Marrodán et al., 2014: 487-490).

3. La primera oleada de ataques: 1979-1983

El primer ataque contra la Universidad de Navarra fue, de alguna manera, indirecto, en tanto que no afectó a sus instalaciones, sino a las de una empresa asociada. El 4 de octubre de 1979, un artefacto hizo explosión en los locales de la editorial Eunsa (Ediciones Universidad de Navarra, S.A.), situados en Barañáin, un municipio colindante con Pamplona. En aquella ocasión, un grupo fantasmal autodenominado Euskadiko Iraultzaile Ekintza (Acción Revolucionaria de Euskadi) reivindicó el ataque. La explosión causó daños en varias cristalerías, arrancó tres puertas, derrumbó una parte del techo de un garaje que estaba ubicado justo debajo de la editorial y causó daños importantes en el interior del local de EUNSA.

Por la tarde, el diputado de Educación de Navarra, Jesús Malón, emitió un comunicado en el que condenaba el atentado. El responsable público subrayó que “se destruye la convivencia ciudadana y se atenta contra la democracia si para dialogar no hay otros argumentos que las armas y las pistolas” (Marrodán et al., 2013: 205). Apenas cuatro días después, ETA perpetró un nuevo asesinato en Navarra. La víctima fue el inspector de Policía Carlos Sanz Biurrun, tiroteado en el Casco Viejo de Pamplona. Cuando acabó 1979, la organización terrorista ya había cometido siete asesinatos dentro del territorio navarro³.

3 Mapa del Terror, Colectivo de Víctimas del Terrorismo (COVITE). Accesible en: www.mapadelterror.com

El año siguiente, 1980, fue el más sangriento de la historia de ETA —un total de 95 personas fueron asesinadas (Fernández Soldevilla, 2020: 26)— y el que registra un número más elevado de víctimas en Navarra, con seis asesinados. Fue también el año en el que se cometió el primer atentado en el campus de la Universidad de Navarra. Tanto este como los dos ataques que lo siguieron en 1981 y 1983 fueron obra del comando Nafarroa de ETA Militar. No era el primer *talde* que utilizaba estas siglas, pero los terroristas que lo conformaban desde finales de la década de los años setenta lo convirtieron en el más sanguinario de los que había actuado en la Comunidad Foral. Su líder, Mercedes Galdós, acumularía penas que sumaban más de setecientos años de prisión por cometer diecinueve asesinatos. Uno de sus compañeros de comando, Juan José Legorburu, sería condenado a una suma similar de años de cárcel. Además de los asesinatos que perpetraron, fueron responsables de decenas de ataques que causaron heridos y daños materiales. En el caso de los tres que tuvieron a la Universidad de Navarra como objetivo, los terroristas utilizaron el mismo modus operandi: la cadena de artefactos explosivos. La Guardia Civil desarticuló el comando el 25 de marzo de 1986.

3.1 Los tres atentados del comando Nafarroa

El 12 de julio de 1980, como se cuenta en el primer tomo de *Relatos de plomo*, tres hombres armados con pistolas y una mujer que portaba una metralleta redujeron al vigilante de seguridad del Edificio Central y a otros tres empleados. Con todos ya retenidos, los asaltantes fueron desplegando una importante cantidad de explosivos por las distintas dependencias del edificio. Colocaron dos artefactos en el Centro de Proceso de Datos y en la sala de calderas, ambos en el sótano. Pusieron después más de quince bidones con 300 litros de gasolina mezclada con aceite en el Aula Magna. En el sótano dejaron dos bidones en la Dirección de Información, dos en la Secretaría de Periodismo, dos en el Servicio de Admisión, uno frente al despacho de Deportes y otros dos en la sala de fotocopias; en la planta baja depositaron tres bidones en las Oficinas Centrales, mientras que, en el primer piso, pusieron dos en el despacho del secretario de la Facultad de Filosofía y Letras y uno en la Secretaría de las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho.

Si todos los artefactos hubieran hecho explosión, es probable que el edificio hubiera quedado destrozado por completo. Sin embargo, la explosión imprevista, y de poca potencia, de uno de ellos provocó un incendio que hizo que las alarmas se activasen, de manera que la policía recibió un aviso inmediato. Los terroristas decidieron entonces huir sin explotar el resto de explosivos (Marrodán et al., 2013: 279-281).

La estimación inicial de daños ascendió a cien millones de pesetas de la época, que equivaldrían hoy a una cantidad superior a los tres millones de euros. Según se informó en una rueda de prensa celebrada en el Gobierno Civil, la detonación de dos artefactos había causado graves daños en la sala de calderas y en el Centro de Proceso de Datos, ambos situados en el sótano. Esta última dependencia, con más de cincuenta metros cuadrados de superficie, albergaba una red de ordenadores, además de archivos y documentación de la Clínica Universitaria.

El Aula Magna también resultó afectada por la explosión y el posterior incendio. El ala derecha del edificio quedó arrasada por completo debido a que la mayoría de sus elementos —madera, cortinajes y tapicerías— eran de fácil combustión. El fuego alcanzó, además, el aula número once y dejó una capa negra en todas las paredes y suelos de la planta baja del edificio. Los restantes bidones distribuidos por el sótano, la planta

baja y el primer piso del edificio no llegaron a explotar. Esto se debió, según se comentó unos días después, al acto heroico de uno de los empleados de la Universidad, que evitó la combustión de más de 300 litros de mezcla inflamable al pisar la mecha que unía los bidones. Al día siguiente, otras fuentes precisaron que el fallo vino dado por la mala impregnación de la mecha. Donde todos los expertos estaban de acuerdo era en que, si los bidones hubieran explotado, las paredes maestras del Edificio Central habrían sido lo único que se hubiese salvado (Marrodán et al., 2013: 279-281).

Al día siguiente del atentado, el diario *Egin* dio cuenta del ataque contra “la universidad del Opus”, denominación que se mantendría en sucesivas informaciones, e informaba sobre los daños materiales que había provocado (Egin, 13-7-1980). Un mes después, el 12 de agosto, el mismo periódico publicaba que la institución había puesto en marcha una “intensa campaña de recaudación de fondos” para hacer frente a los daños materiales. Además de las instituciones públicas que habían anunciado que concederían subvenciones ad hoc, como la Diputación Foral de Navarra, el Ministerio de Educación o la Caja de Ahorros de Navarra, la noticia ponían el foco en la agrupación de graduados de la Universidad, la Asociación de Amigos, que había hecho un llamamiento específico a sus miembros. Todo ello llevaba al periódico a concluir que “podría deducirse que el atentado le va a resultar rentable a la Universidad del Opus” (Egin, 12-8-1980).

El segundo ataque del comando Nafarroa tuvo lugar el 24 de junio de 1981, menos de un año después del anterior. Pasadas las dos de la tarde, una llamada anónima a la conserjería del Edificio Central alertó de lo siguiente: “Hay cinco bombas que van a explotar. Desalojen inmediatamente”. En cuestión de minutos se inició una cadena de explosiones. La primera fue un artefacto oculto en una bolsa de deportes que estalló en la puerta de la oficina de deportes. Las otras cuatro estaban situadas en distintos puntos del sótano. La cuarta explosión causó heridas de distinta consideración a cuatro personas que fueron trasladadas para que recibieran asistencia hospitalaria. La eficacia de los artefactos a la hora de explosionar llevó a la Policía Nacional a sospechar que podría haber otros explosivos en el edificio. Los agentes llegaron a hacer estallar una bomba que consideraron sospechosa, aunque se trató de una falsa alarma.

En algunos de los atentados perpetrados por el comando Nafarroa —por ejemplo, el ataque que mató a un niño de catorce años, Alfredo Aguirre Belascoáin, y a un policía nacional, Francisco Miguel Sánchez, en 1985— sus miembros utilizaron disfraces, una estrategia que repitieron en este atentado contra la Universidad. Como relataron varios testigos, minutos antes de la explosión identificaron a un sacerdote vestido con cuello clerical de unos veinte o treinta años, con perilla, que llevaba dos maletas y una bolsa de deportes. Algunos aseguraron que el hombre “parecía nervioso”. Cuando el comando Nafarroa fue desarticulado, la propia Mercedes Galdós contaría que el supuesto sacerdote era, en realidad, su compañero de filas, José María Zaldúa Korta, alias Aitona, que también se había encargado de preparar los artefactos (Marrodán et. al, 2013: 320).

Por último, el 4 de septiembre de 1983 se registró el tercer y último atentado con la firma del Nafarroa. De nuevo, una cadena de artefactos, esta vez tres, hicieron explosión en un margen de quince minutos. Los dos primeros, compuestos por un kilo de Goma-2, aterrizaron en el patio interior del Colegio Mayor Goimendi, situado dentro del campus universitario y a poca distancia del Edificio Central. Lo hicieron en torno a las tres de la mañana, con un margen de tres minutos entre la primera y la segunda explosión. El Colegio Mayor estaba en ese momento ocupado por cien alumnas que al día siguiente comenzaban un curso de verano. Una de ellas

recibió asistencia médica por daños en un oído. Además, los daños materiales fueron cuantiosos: se rompieron cristales y mobiliario exterior.

Apenas unos minutos después, se registraría la tercera explosión en la Facultad de Teología, donde de nuevo un artefacto fue lanzado al patio interior del edificio. La carga contenía un kilo de Goma-2 y provocó daños materiales en cristales, una farola y el sistema de alarma.

Casi una década después, el 24 de diciembre de 1992, se registró el lanzamiento de un cóctel molotov que no llegó a estallar en el campus de la Universidad. Algo parecido sucedería el 11 de febrero de 2001, cuando un artefacto casero que tampoco llegó a explotar fue encontrado en la puerta del Colegio Mayor Belagua. El siguiente atentado consumado tendría lugar unos meses después, en mayo de 2002.

4. Dos coches bomba en la década de los 2000

Tras el final de la tregua que la organización terrorista había decretado en 1998, ETA iniciaría una ofensiva terrorista de alta intensidad que entraría en crisis en 2002. Ese año la organización vería frustrados sus esfuerzos para renovarse e incorporar nuevos miembros. De hecho, entre 2001 y 2003, los niveles de violencia, en términos de atentados y víctimas, serían similares a los del inicio de la década de los años setenta (Alonso, Domínguez y García Rey, 2010: 1139). A la estrategia policial se le había sumado, especialmente desde 2000, una estrategia política y jurídica. En el ámbito político, se había firmado el Pacto Antiterrorista. En el ámbito legal, el juez Baltasar Garzón había iniciado una estrategia de persecución al ámbito político de ETA. Ambos impulsos darían lugar a la Ley de Partidos, una herramienta legal que permitió a la justicia ilegalizar al brazo político de ETA, Herri Batasuna, en 2003.

Unos meses antes, la nueva norma se había llevado a debate en el Congreso de los Diputados. La tarde del 23 de mayo de 2002 fue una de las jornadas de dicha discusión. Y fue esa tarde noche cuando un coche bomba cargado con veinte kilos de explosivos estalló en la fachada trasera del Edificio Central de la Universidad de Navarra. La explosión estuvo precedida de sendas llamadas a la redacción del diario *Gara* en San Sebastián y la centralita de la DYA (asociación Detente y Ayuda para el auxilio en carretera) en Pamplona en la que anunciaban que “un Ford Escort blanco” haría explosión “en media hora”.

La Policía Nacional tuvo tiempo para desplegar un operativo alrededor del edificio: desalojaron a estudiantes, viandantes y empleados, evacuaron uno de los dos colegios mayores más cercanos y retiraron algunos vehículos estacionados junto al coche bomba. El vehículo que habían utilizado los terroristas fue identificado y los agentes comprobarían después que llevaba matrículas falsas y que las placas habían sido troqueladas con una máquina que la banda había robado en Mondragón un año y medio antes.

La explosión se produjo pasados dos minutos de las nueve de la noche y no produjo daños personales. En cuanto a los datos materiales, quedó afectada la estructura trasera del Edificio Central y una furgoneta que no pudo ser retirada a tiempo. En total, los daños ascendieron a 250.000 euros (Marrodán et al, 2014: 389-392).

En septiembre de 2002, la Policía francesa detuvo en Bagnères de Luchon al dirigente etarra Juan Antonio Olarra Guridi y a su lugarteniente, Ainhoa Mujika Goñi. Según la documentación que les fue intervenida, Olarra lideraba el comando Izarbeltz, del que formarían parte, según la Policía, Jon Lizarrabar Lasarte y Rubén Gelbentzu González. A ambos se les atribuyó el atentado contra la Universidad de Navarra. Fueron detenidos el 11 de junio de 2003, en una operación efectuada por la Guardia Civil en las localidades guipuzcoanas de Urnieta y Andoain. La Audiencia Nacional decretó prisión incondicional para ambos. Se les acusó además de poner un coche bomba en un aparcamiento de El Corte Inglés de Zaragoza el 21 de junio de 2002 y de dos atentados más en Navarra: uno contra la empresa Ultracongelados Virto, en Azagra, el 29 de noviembre de 2002, y otro contra las instalaciones de la firma Uvesa, en Arguedas, también ese día (*El Mundo*, 11-6-2003).

El último atentado contra la Universidad de Navarra tuvo lugar el 30 de octubre de 2008. A las diez de la mañana, una llamada anónima a la DYA de Álava alertó de la presencia de un Peugeot 307 cargado de explosivos en un “campus universitario”. Ante la falta de especificación, la Ertzaintza supuso que se trataba del campus de Vitoria, por lo que varios efectivos se trasladaron hasta allí, pero no encontraron el vehículo. En realidad, el coche se encontraba aparcado en el aparcamiento contiguo al Edificio Central de la Universidad de Navarra, en Pamplona, y llevaba en su interior ochenta kilos de explosivos que estallaron al borde de las once de la mañana.

Cuando las decenas de alumnos y profesores —el campus albergaba por entonces a 8.330 estudiantes y a unos 3.000 docentes— fueron saliendo de las aulas, se encontraron con una escena presidida por las llamas que se habían extendido por una docena de vehículos y por una enorme columna de humo. Hasta veintiocho personas recibieron asistencia hospitalaria debido a cortes o problemas de audición, aunque solo cinco permanecieron ingresadas (Marrodán et al., 2014: 483-486). En cuanto a los daños materiales, el Consorcio de Compensación de Seguros —organismo encargado de indemnizar económicamente los daños causados por atentados terroristas— concedió a una Universidad una compensación de 2,4 millones de euros en 2009 (*Heraldo de Aragón*, 11-1-2009).

Sin embargo, como se explica en el libro *Heridos y olvidados*, este atentado se encuentra entre los que concentran más heridos de la historia del terrorismo en España porque tuvo un inesperado epílogo. El 5 de noviembre, una semana después del ataque con coche bomba, el Servicio de Riesgos Laborales de la Universidad comenzó a recibir llamadas de empleados del Edificio Central que se quejaban de olor a quemado y de irritación en la garganta. A lo largo de esa mañana, una treintena de personas fueron examinadas en Urgencias aquejadas de dificultades respiratorias, náuseas, tos irritativa y fiebre. Según se comprobó días después, se trataba de una intoxicación masiva que tenía como origen el mencionado edificio universitario, en concreto un falso techo sobre el que habían quedado alojados buena parte de los gases desprendidos de la explosión. Una vez que concluyeron las labores de desescombro, los gases se fueron liberando e intoxicaron al menos a 161 personas. Aunque la mayoría evolucionó favorablemente en cuestión de días, otros afectados permanecieron hasta dos meses ingresados.

Teniendo en cuenta estos daños tardíos causados por el atentado, la Administración reconoció de forma oficial a 103 heridos en el ataque contra la Universidad de Navarra. El 77% de ellos padeció lesiones no invalidantes y el 23%, una incapacidad temporal. En cuanto a la edad de los lesionados, la mayoría eran jóvenes.

El grupo más numeroso tenía entre 20 y 29 —un 33%—, seguido por el 26% que tenía entre 30 y 39. Entre los heridos había también dos menores de edad, uno de ellos un bebé de dos años y otro, un niño de once (Jiménez y Marrodán, 2019: 225-228).

El 5 de noviembre de 2008, ETA hizo público un comunicado a través del diario *Gara* en el que reivindicaba varios atentados, entre ellos el de la Universidad de Navarra. En el texto, alegaba que la “universidad de Escrivá de Balaguer” no es “patrimonio ni columna vertebral” de Navarra y atacaba a la institución acusándola de ser “una máquina para formar a nuevos cuadros franquistas”. Además, amenazaba con seguir “golpeando” este centro (*El Mundo*, 5-11-2008).

5. Conclusiones

A lo largo de la historia de la organización terrorista ETA, la Universidad de Navarra ha sido escenario de seis atentados terroristas consumados y de, al menos, otros dos intentos de ataques frustrados. El primero de ellos se produjo en plena Transición, en 1979, cuando otras instituciones universitarias también estaban siendo escenarios de ataques de organizaciones terroristas de distinto signo. Sin embargo, el hecho de que la Universidad de Navarra fuera, en las décadas siguientes, objetivo repetido para ETA apunta a que la banda desplegó una estrategia de violencia de persecución, en este caso de carácter institucional. Esta idea se apoya también en el hecho de que, en sucesivos pronunciamientos públicos, ETA señaló a la Universidad como “enemiga” y utilizó su identidad religiosa y su vinculación al Opus Dei como argumentos para justificar sus ataques.

El carácter discriminado de los atentados, en tanto que su objetivo concreto era la Universidad, no obsta para señalar que eran indiscriminados en relación a las víctimas potenciales y efectivas, que incluían a estudiantes y empleados de la Universidad. Este hecho es particularmente visible en el atentado de 2008, cuando el coche bomba con una elevada carga explosiva estalló a una hora lectiva y precedido por un aviso inconcreto sobre su localización que impidió a las Fuerzas de Seguridad identificarlo.

En el balance de estos atentados no hay que contar a víctimas mortales, pero sí heridos, más de un centenar, y daños materiales que, sumando los de los distintos ataques, superarían los cinco millones de euros.

Referencias bibliográficas

ALONSO, Rogelio, DOMÍNGUEZ, Florencio, GARCÍA REY, Marcos (2010), *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*, Madrid: Espasa.

FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, “¿Al borde del abismo? La violencia política (y sus víctimas) durante la Transición” en FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka y JIMÉNEZ RAMOS, María (2020), *1980. El terrorismo contra la Transición*, Madrid: Tecnos.

GARMENDIA, José María (2006). *La historia de ETA*, Madrid: Temas de Hoy.

GONZÁLEZ SÁEZ, J. M. (2012), “La violencia política de la extrema derecha durante la transición española (1975-1982)” en *Coetánea: III Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Universidad de La Rioja, pp. 365-376.

JIMÉNEZ RAMOS, María (2019), *Heridos y olvidados. Los supervivientes del terrorismo en España*, Madrid: La Esfera de los Libros.

MARRODÁN, Javier; ARALUCE, Gonzalo; GARCÍA DE LEÁNIZ, Rocío; y JIMÉNEZ RAMOS, María (2013), *Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra (1960-1986)*, Pamplona: Gobierno de Navarra.

- *Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra (1987-2010)*, Pamplona: Gobierno de Navarra.
- *Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra. La sociedad contra ETA*, Pamplona: Gobierno de Navarra.